

sostenerse en la existencia cada uno de por sí, pero unidos se completan y subsisten. A estos dos constitutivos sustanciales incompletos llamaron los peripatéticos: *materia prima y forma sustancial*.

¡Cosa admirable! La porción grosera y tosca de los cuerpos: la masa, no podemos apreciarla sino en función de una fuerza: la gravedad. Sin ella no habría peso. Esta finísima observación la trae Spencer: "Por la fuerza, dice, medimos la materia." (*Los primeros principios*, capítulo 4º, 54). Y en otro lugar: "Esta (la materia) no nos es conocida en realidad sino por las manifestaciones de aquélla (la fuerza), la última prueba de la existencia de la materia es su capacidad de resistencia; suprimida ésta no queda sino una extensión vacía, y al mismo tiempo, la resistencia aislada ó separada de la materia es inconcebible. No solamente centros inextensos de fuerzas son inimaginables, sino que tampoco podemos concebir que centros de fuerzas, extensos ó nó, se atraigan y se rechacen mutuamente sin interposición de algo material." (Obra citada, capítulo III, 18).

Véase con cuánta razón había dicho Santo Tomás que "el obrar pertenece á la cosa subsistente, y por eso ni la materia obra, ni obra la forma, sino el compuesto, el cual no obra por razón de la materia sino por razón de la forma, que es acto y principio de acción." (*Sent.*, lib IV, dist. XII, 9 I á I.

FRANCISCO MARÍA RENJIFO

(Continuará)

## SEGUNDO CANTO DE GUERRA

(DE TIRTEO)

'Αλλ' Ἡρακλῆος γὰρ ἀνικῆτου γένος ἐστέ...

Valor, ilustre raza, descendiente  
De Hércules el invicto; todavía  
No nos desdeña el Padre omnipotente.

Marchad con entereza y osadía  
Sobre el contrario bando os sea la muerte  
Amable y grata cual la luz del día.

Decore vuestro escudo el brazo fuerte;  
Ya de la triste guerra conocidos  
Os son los hechos y la varia suerte:

Fuisteis ya vencedores y vencidos.  
Esforzados mancebos! Los que avanzan  
A la vanguardia, y luchan atrevidos,

La negra muerte rara vez alcanzan  
Y salvan á las tropas de guerreros  
Que en pos de aquéllos con ardor se lanzan.

Mas quien tiembla al fulgor de los aceros  
Huella toda virtud, y ¿quién podría  
Decir la afrenta y los estigmas fieros

Que marcan su flaqueza y cobardía?  
Hiéralo por la espalda una lanzada:  
Sólo atestigua el polvo su agonía!

Oh, no! Cruzando tras la turba armada,  
Bien firme el pie, y el ademán sañudo,  
Lidiad con brío por la patria amada.

Y proteged los hombros y el velludo  
Pecho y el muslo y pierna, cuanto muestra  
Frontero el cuerpo, con el ancho escudo.

Y blandiendo arrogantes con la diestra  
La amenazante, la pesada lanza,  
Vuestro penacho ondule en la palestra.

Sólo en medio á la lucha la alabanza  
Se conquista de bravo. ¿Escudo tienes?  
Do estás el dardo volador no alcanza;

Vé, marcha hacia adelante, no refrenes  
Tu cólera, y á algún contrario elige  
A quien, hiriendo, á perecer condénas.

Y así tu pie contra su pie se fije ;  
 A su escudo tu escudo, á su cimera  
 Tu cimera se oponga ; ágil dirige

A su casco tu casco ; en lucha fiera  
 Contra su pecho opón tu pecho airado ;  
 De su lanza ó su espada te apodéra.

El escuadrón á la ligera armado  
 Busque so los escudos amplio techo,  
 Y bajo de este asilo resguardado

Marche al contrario ejército derecho,  
 Y con piedras y dardos hiera y mate,  
 Junto al pesado oplita, y al estrecho  
 Escuadrón enemigo desbarate.

JOSÉ DE LA CRUZ HERRERA

Bogotá, Mayo de 1905.

## NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO \*

Despertaba Jorge á la luz de la razón, y su madre, creyendo que era hora de regar en el corazón de su hijo la semilla fecunda que nos conduce al cielo, empezaba á inculcarle en el alma las primeras verdades de la Religión Católica. Su madre, versada en asuntos piadosos lo bastante para ser una buena cristiana, tenía necesidad de amoldar sus explicaciones al aún inculto cerebro de su hijo, y éste, cuando escuchaba de sus labios cosas que le eran de difícil comprensión, ponía una atención tál que ella se decía para sí: ¡ No es tiempo todavía ¡ No es tiempo todavía !

Optó por otro camino, cual fue el de hacer conocer á su pequeñuelo uno á uno los cuadros de imágenes que, suspendidos del muro, formaban el altar donde á mañana y tarde se rendía culto á la Madre de Dios. En aquel museo,

\* Premiado en el Concurso de la Congregación de Nuestra Señora.